

El pez que hubiera querido ser niño

(CUENTO)

Era un pez pequeñito. Había nacido entre las peñas de la playa, en la pleamar de la luna de abril. Pero el pobre no estaba contento con su suerte. El hubiera querido ser niño, tener piernas y manos, y jugar con un balde y un rastrillo sobre la arena fina de la bajamar. Miraba a la playa y lloraba viendo jugar a los niños.

—¡ Que yo no quiero ser pez! ¡ que quiero ser niño! —gemía, moviendo inquieto las aletas, como si tratara de sacar por ellas, unas piernas y unos brazos ocultos.

—No seas tonto —le respondía su mamá, que era una panchita con unos lomos grandes y rosados, que movía con elegancia de minué.

—¡ Que yo no quiero ser pez!, ¡ que quiero ser niño!, —repetía, sin dejarse convencer, entre sollozos. Y se le escapaban unas lagrimitas que subían a flor de agua, igual que si fueran globitos de cristal.

Sus hermanos y sus primos, nacidos en la misma pleamar de abril, se le reían moviendo las aletas de la barbilla.

—Qué tonto es este pariente nuestro, —murmuraban—. Lo mismo se le podía haber ocurrido decir que quería ser bañero, y estar todo el día vestido con unos pantalones aceitados.

Pero no; él no quería ser bañero, sino niño, niño precisamente.

Hasta los pulpos se le mofaban, dejando caer los ojos como si fueran unas bolsas colgantes.

—Si hubieras sido niño —le decían, para asustarlo—, te hubiéramos cogido por los tobillos, cuando hubieras entrado en el agua, a bañarte.

Mas no le inquietaba la amenaza. El quería ser niño, salir a

la playa y jugar con la arena, haciendo canales y castillos que luego deshicieran las olas.

Le parecía muy triste y húmeda la vida en el fondo del mar. No se resignaba a estar siempre moviendo la cola, junto al verdín de las peñas, sin poder sentarse nunca ni comer barquillos. Además, le horcrizaba pensar que un día, se vería forzado a subir todas las capas de agua en una ascensión angustiosa, con un anzuelo clavado dentro de la boca. Por eso, jamás comía gusanos ni miguitas. Temía que estuviera dentro el anzuelo. Y se alimentaba únicamente de algas, que no le gustaban.

Tampoco le distraía, nada el chupar el morrito a los demás peces, que era a lo único a que sabían jugar sus hermanos y sus primos. Prefería montarse en una ola y acercarse a la orilla, para ver jugar a los niños en la playa, a pesar de que su madre se lo tenía prohibido.

—¿Dónde está vuestro hermano? —preguntaba alarmada a los otros hijos, al notar su falta entre las peñas.

—Se habrá ido a la playa.

—Está neurasténico, —decía algún pancho, un poco mayor.

—Ese hijo me va a matar a disgustos —se lamentaba su madre, y nadaba veloz hacia la playa. Cuando se lo encontraba, le hacía serias reflexiones que el hijo oía impasible, y lo hacía volver con ella, a las grutas tapizadas de algas y de conchas.

Pero a la mañana siguiente se volvía a escapar. Mas un día, entre los días, se acercó tanto a la orilla, que se quedó aislado en un pozo que seguramente habrían hecho sus amigos los niños. Las olas siguientes fueron más cortas que la que lo había llevado al pozo, y quedó separado del mar. El pobre pez pasó un mal rato. Al principio creyó que alguna ola caritativa vendría a recogerlo. Pero no fué así. La marea estaba en plena vaciante, y las aguas se iban alejando, haciendo mayor la faja de arena que los separaba.

El pobre panchito se resignó a su suerte. Pensó en su madre y en sus hermanos, a los que no volvería a ver, pero le alivió la pena, la proximidad de los niños.

No tardó en acercársele uno. Era una nena de seis años, con un traje de baño rojo y una capota blanca, que venía con un balde a recoger agua en el pozo. Al pez le latía el corazón febrilmente. Por fin iba a trabar amistad con los niños. El sueño de toda su vida. La nena se arrodilló en la arena y metió el balde en el agua. De pronto dió un grito de guacamayo.

—¡ Un pez! ¡ Un pez! Hay un pez en el pozo. ¡ Luisito! ¡ Mar-tita! ¡ Venir, que tenemos un pez!

Dejó el balde en el agua y salió corriendo, llenando el aire de peces.

Al poco rato, un enjambre de niños cercaba el pozo. Docenas, cientos de cabezas tostadas y de voces chillonas hablaban y miraban al pez. Salfan las cabezas y las voces, entre piernas, bajo los brazos y sobre ellos, por las cinturas. Parecía que todas las cabezas de la playa se habían aprisionado en un puño. El pobre pez se revolvió, cada vez más asustado, en el pozo.

Discutían los niños la manera de cogerlo. Alguno propuso el ir a su casa, a buscar una caña de pescar de su papá. Y, antes de que terminara la frase, varias docenas de chicos, salieron corriendo a por las cañas. Pero el número de cabezas que cercaba el pozo, haciendo de brocal, no disminuyó.

Un niño, más atrevido que los demás, metió la mano en el agua, tratando de atrapar el pez que se le escurrió entre los dedos. Perdido el temor primero, docenas de manos perseguían al pancho, sin lograr cogerlo. La arena, en cambio, se iba tragando el agua del pozo que iba a quedar seco de un momento a otro, dejando al pez saltando en la playa. Pero la niña del trajecito rojo y la capota blanca, que había hecho el descubrimiento, metió el balde en el agua, y lo cogió.

Un grito de triunfo se escapó de todas las gargantas.

—¡Ya está!, ¡ya está! —clamaron a una, cien voces jubilosas.

—¡Es nuestro!, ¡es nuestro!

—¡Hemos pescado un pez, mamá!

—¡Un pez, un pez!

—Tenemos un pez; un pez vivo —gritaban con entusiasmo incontentible.

Entretanto, el pobre pez se agitaba inquieto y asustadizo en el balde de la niña del traje rojo y la capotita blanca. Cientos de ojos lo miraban desorbitados; cientos de manos trataban de acariciarlo, maternales, como si fuera un perrito de lanas o un pichón. Una niña, compadecida de la frialdad metálica del balde, ofreció el calor del bolsillo de su vestidito, para guardar el pez. Precisamente era un bolsillo grande, con unos salmones estampados.

—No, no; en el bolsillo no, que a lo mejor se muere —contestaron varios a una.

—Lo que necesita es agua, mucha agua. —afirmó otro.

Y cientos de chicos salieron corriendo con sus baldes, a traer agua; unos, a la orilla; otros, a una fuente próxima; alguno que otro fué también al cuarto de baño de su casa, para traerla caliente.

Al panchito tuvo que parecerle su nueva vida, un regalo. Jamás pez alguno del mar ni de los ríos fué tan mimado que él. Le reno-

vaban el agua cada dos minutos; le cambiaban de balde, cada cinco; constantemente le echaban miguitas de pan, trocitos de barquillo, pizquitas de tortilla, dulces, algas de todos los tamaños... Pero como no estaba acostumbrado a tanto mimo, se murió, el pobre, aquella misma mañana.

Quizá al morir, en su delirio último, pensó que lo que él hubiera querido ser era niño, niño precisamente; y no pez mimado por los niños.

